

Violencias y contraviolencias

Vivencias y reflexiones sobre
la revuelta de octubre en Chile

Raúl Zarzuri C. (coordinador)



LOM
EDICIONES

18

OCT

Violencias y contraviolencias

Vivencias y reflexiones sobre la revuelta de octubre en Chile

Raúl Zarzuri C. (coordinador)

Autores

Javiera María del Cielo Sierralta U.

Raúl Zarzuri C.

Karla Henríquez O.

Iris Hernández M.

Las3 AbisaLes

Ximena V. Goecke S.

Rodrigo Ganter S.

Gabriela Varela Á.

Julio Cortés M.

Giorgio Boccardo B.

Ana Bengoa V.

Isidora Iñigo V.



Serie 18 de octubre, a cargo de Silvia Aguilera

© **LOM ediciones**

Primera edición, abril de 2022

Impreso en 1000 ejemplares

ISBN impreso: 9789560015167

ISBN digital: 9789560016058

Imagen de portada: Paulo Slachevsky

<https://www.flickr.com/photos/pauloslachevsky/>

Edición, diseño y diagramación

LOM ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Teléfono: (56-2) 2860 6800

lom@lom.cl | www.lom.cl

Tipografía: *Karmina*

Registro N°: 203.022

Impreso en los talleres de gráfica LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal

Impreso en Santiago de Chile

Prólogo

«Violencia y vida son casi sinónimos. El grano de trigo que germina y parte de la tierra helada, el pico del polluelo que rompe la cáscara del huevo, la fecundación de la mujer, el nacimiento de un niño, son actos de violencia. Y nadie acusa al niño, a la mujer, al polluelo, al brote, al grano de trigo.» (Jean Genet)

El texto que se presenta y despliega en un abanico de relatos y artículos que intentan reflexionar y hablar sobre la(s) violencia(s), lo hace en un contexto determinado: lo ocurrido a partir del 18 de octubre del año 2019 (18-O). Esto es algo de por sí complejo y de alto riesgo, dado que las entradas interpretativas son múltiples. De ahí que quizás no deje conformes a algunos que se atrevan a leerlo, pero esa es precisamente la cuestión, ya que hay que entender este texto no como un artefacto sagrado; al contrario, es ver si para el /la lector/a funciona o no lo que se ha desplegado en él.

Tampoco este texto intenta fundar «el relato sobre las violencias». Es un ejercicio escritural que es un devenir realizado por once escribientes invitadas/os a reflexionar sobre el tema. Con su escritura, estos/as escribientes crean un artefacto-libro que remite a una polifonía de voces, que intentan otear, o si usamos un modismo chileno, lukear, desde varios puntos la escena del 18-O en clave violencias.

Podemos partir señalando que el 18 de octubre del año 2019 se vivió en nuestro país lo que muchos llamaron inicialmente un estallido, posteriormente una revuelta o una «huelga general revolucionaria» (Sorel, 1973), o una «revolución molecular», si seguimos a Guattari (1989), o «un hecho social total» (Mauss/Levi-Strauss, 1991), entre

otras conceptualizaciones. Independiente del nombre, se trata del movimiento societal más grande que se recuerde desde la llegada de la democracia a nuestro país. Evidentemente, a partir del siglo XXI, nuestro país comenzó a vivir un nuevo ciclo de movilizaciones, encabezadas por jóvenes estudiantes, primero secundarios, luego universitarios, que confluyeron en una crítica al entramado político institucional, al tipo de sociedad y a la democracia que se estaba construyendo, pródiga en inequidades y desigualdades que están en la base de la revuelta del 18-O. Así, un sector mayoritario de la población, al no poder resolver la producción de su vida cotidiana en términos dignos, se rebeló porque el contrato social se estaba desmoronando. Surge así una forma de política confinada hasta ese momento a los subterráneos (política subterránea) y que emerge como una erupción volcánica, vomitando un magma volcánico, que con una fuerza avasalladora atropelló todo lo que encontró a su paso.

Lo que enfrentamos como sociedad fue una ola de ira y rabia que pronto se transformó en un potente movilizador político. Al son de una indignación que también se nutre de expresiones que a nivel internacional habíamos escuchado en la llamada primavera árabe, el movimiento indignado y también en «*Occupy Wall Street*», se puso en movimiento una ola de indignación que cual tsunami, atravesó toda la epidermis de la sociedad para reclamar por los bajos sueldos, por las bajas pensiones, por la precariedad en los accesos a la salud, por la continua alza en algunos servicios básicos, entre otras muchas cosas. La gente comenzó a expresar su descontento porque no había bolsillo ni vida que resistiera. La consigna entonces voceada como mantra fue: ¡Indígnate! La indignación provocó que la gente saliera a las calles y que ellas se inundaran de cuerpos, consignas, proclamas, banderas (no la chilena), y con una

característica no vista en otras movilizaciones: la intervención/ocupación del espacio público que modificó la performance de las marchas para instalarse en espacios físicos específicos (plazas, por ejemplo) que recordaban las acampadas del movimiento español 15-M o las de «*Occupy Wall Street*».

Habría que destacar que, al contrario de lo que señaló el presidente Piñera y varios de sus ministros y simpatizantes, no estábamos frente a «un enemigo poderoso» que entró en guerra contra el gobierno y contra el país, y que haya coordinado las movilizaciones sociales, algo que el gobierno no ha podido demostrar hasta el día de hoy. Al contrario, enfrentamos movilizaciones que no tenían una conducción, que se habían originado espontáneamente; cuestión de suyo interesante, porque precisamente nos muestra que hubo y hay una efervescencia política que se está construyendo desde abajo y no desde arriba, y que no tiene la mediación de una orgánica o movimiento político que la modele.

Desde el gobierno, y por supuesto desde los medios de comunicación, lo que se visibilizó fueron los actos de violencia cometidos, nada extraño en este contexto, porque el papel de los gobiernos y del Estado es precisamente resguardar el orden, la ley. En sus manos está el uso de la «violencia legítima», que tiene como fin -siguiendo a Walter Benjamin (1989)- conservar la ley. Benjamín señalará también que la violencia es el origen y la esencia de la ley. No está demás decir -y como nos lo recuerda nuevamente Benjamín- que nosotros como individuos cedemos el uso de la violencia al Estado, el cual en retribución debe velar por una sociedad justa, lo que nos remite al contrato social, el cual, al ser roto, implicaría, como una alternativa para su restauración, el uso de la violencia.

Al parecer, después de treinta años y más, a pesar de todas las movilizaciones, de sacar en más de una oportunidad más de un millón y medio de personas a las calles, lo que quedaba era utilizar la violencia como única forma para hacer visibles las demandas acumuladas tras años de privación y que se podían leer como una ausencia de derechos humanos que son fundamentales para la vida. Como señala Galtung (1990): «*La violencia puede ser vista como una privación de los derechos humanos fundamentales, en términos más genéricos hacia la vida, eudaimonia, la búsqueda de la felicidad y prosperidad, pero también lo es una disminución del nivel real de satisfacción de las necesidades básicas por debajo de lo que es potencialmente posible.*» (p. 154)

Así, en el trasfondo de las fogatas, las barricadas, los enfrentamientos con la fuerza policial, los llamados saqueos que ocurrieron a partir del 18-O podían vislumbrarse siluetas sin rostro, casi fantasmales, reflejo de un fenómeno social que no terminamos de comprender: la violencia. Cuando se habla de violencia y se intenta capturarla, cogerla, asirla conceptualmente, nos duele, nos quema, nos entristece. Algunos la defenderán, otros la atacarán, pero no nos deja indiferentes. Es complejo hablar de ella; no es sencillo definirla tampoco. Por otro lado, la violencia en la sociedad siempre ha existido, por lo que es difícil afirmar si hoy existe más violencia o no. Al parecer, sí se puede señalar que la violencia hoy en día asume diversas caras, o sea, han cambiado sus manifestaciones.

En las movilizaciones del 18-O el ejercicio de la violencia provino fuertemente, de los aparatos que tiene el Estado para salvaguardar el orden y la ley. Primero se utilizó a las fuerzas policiales uniformadas y posteriormente a las fuerzas armadas, lo que causó centenas de heridos y de violaciones a los derechos humanos (miles de detenidos y otros tantos encarcelados). En contraposición a este

despliegue de fuerza y de violencia, la ciudadanía desplegó también violencia, o mejor dicho una «contra violencia» defensiva que no tiene parangón con la violencia desplegada por el gobierno.

Algunas pistas para entender las (contra)violencias

Como se ha señalado, no es fácil aproximarse a la(s) violencia(s), pero los que hemos sido convocados a escribir en este libro nos hacemos parte de algunas cuestiones que devienen en ciertos consensos cuando nos aproximamos a ellas.

Una primera cuestión que hay que señalar es que no se puede hablar de «la violencia» en singular, sino que el término debe pluralizarse. De forma breve, se puede señalar que existirían cuatro diferentes formas y expresiones de la violencia (Bourgois, 2005): la violencia estructural, que es definida como la opresión político-económica crónica y las desigualdades sociales enraizadas históricamente; la violencia simbólica, definida como las humillaciones y legitimaciones de esa desigualdad y de las jerarquías internalizadas; la violencia política directa, ejercida por las autoridades oficiales o por quienes se les oponen; y la violencia cotidiana, entendida como aquellas prácticas y expresiones diarias de violencia, ya sea interpersonal, directa o delincuencial.

Como señalan Zarzuri & Contreras (2005), la explicación más común desde las Ciencias Sociales es que los hechos de violencia urbana, que son posibles de aplicar al 18-O, son el reflejo de una violencia estructural a la cual se ve sometida una gran parte de la población en sus vidas cotidianas. Estas violencias, que también operan a nivel simbólico, son producto de las desigualdades sociales altamente polarizadas, donde un pequeño sector de la

población recibe el fruto del crecimiento económico en oposición a un sector mayoritario que vive sin ese beneficio, donde las expectativas simbólicas fomentadas desde los medios de comunicación no se condicen con las posibilidades materiales reales. Todo esto, se profundiza con el repliegue del Estado o con un Estado que es lento en las respuestas para mitigar las diferencias.

Una segunda cuestión es que no se puede señalar que las violencias son algo irracional o no tienen sentido, que es el discurso que se levanta desde el poder, desde los medios de comunicación y particularmente desde los sectores de la derecha política en nuestro país. Así, un autor como Jeffrey Juris señala, citando a Antón Bloch, que ésta no debía ser definida a priori como algo irracional o sin sentido, sino que habría que «*considerarla como una forma cambiante de interacción y comunicación, como un patrón cultural de acción significativa históricamente desarrollada*» (Bloch, 2000: 24, citado en Juris, 2006: 188). La violencia es, para el autor, una forma de interacción social mediante la cual se va construyendo realidad con los modelos culturales de los cuales se dispone, y componentes práctico-instrumentales que intentan modificar el entorno social, y componentes simbólico-expresivos que «*enfatan la comunicación y dramatización de importantes ideas y valores sociales*» (Juris, 2006:188).

Una tercera cuestión es que la violencia que se observó en el 18-O, pero que ya se venía observando en otras manifestaciones (Día del joven combatiente, marchas estudiantiles, paros, entre otras), puede ser vista como un extraordinario ícono simbólico que recrea rituales simbólicos a través de lo que se puede llamar la escenificación de una «violencia performativa» (Juris, 2006), mediante la cual los participantes en estos rituales intentan hacer efectiva la transformación social mediante una confrontación de tipo simbólico que se da en lo que se

denomina performances violentos, donde la violencia adquiere dimensiones de espectacularidad icónica y la utilización de un lenguaje no verbal. Así, la violencia performativa es un recurso con que cuentan ciertos grupos que están limitados en recursos (materiales), lo que habla de una economía de recursos a nivel simbólico (la violencia), utilizada dentro de una lucha simbólica. De ahí que la violencia contra ciertos «íconos del sistema capitalista» (bancos, trasnacionales, etcétera) sea la forma más llamativa y económica de lograr una victoria a nivel simbólico contra el poder hegemónico y de hacerse visibles mediáticamente, encontrándonos frente a lo que el autor llama «guerras mediáticas de interpretación simbólica», donde ciertos sujetos llevan a cabo performances violentas espectaculares, en parte para ganar acceso a los medios de comunicación comerciales, que buscan constantemente historias e imágenes sensacionales. Las formas cotidianas y rutinarias de la protesta no son noticia, mientras que las imágenes icónicas de coches en llamas y batallas callejeras entre manifestantes enmascarados y cuerpos policiales militarizados son retransmitidas al instante a través de las redes globales de comunicación (Juris, 2006: 190).

Una cuarta cuestión, que no es menor, son los intentos, en muchos casos de manera efectiva por parte del poder, de criminalizar a ciertos sujetos, los cuales «son cargados como sujetos de la violencia», y en esto colaboran de manera profusa los medios de comunicación. De esta forma, la visibilización de la violencia por parte de los medios no hace otra cosa que objetivar el miedo en la sociedad, el cual «*se proyecta en una minoría, la de los portadores del miedo y la sospecha*» (Bonilla y Tamayo, 2007) o lo que Bauman llama «*blancos sustitutos*» (2006), que son aquellos sujetos u organizaciones a través de los que el Estado o el gobierno va a proyectar el miedo en los/as ciudadanos, situación que ocurrió al inicio del 18-O.

Así, producto de la quema del metro en particular, los «*blancos sustitutivos*» fueron «agentes extranjeros» asociados a la migración, para posteriormente transitar hacia los jóvenes de las llamadas «corrientes anarquistas», y de ahí transitar a la población de sectores populares y terminar en la delincuencia/narcotráfico. Independiente de si alguno de esos sujetos efectivamente participó o no, los intentos del gobierno y de los medios de comunicación fueron construir una otredad que se visibilizó primero como extraña, peligrosa y después como monstruosa, desatando una ola de «pánico moral», debido a que no hay posibilidades de controlarlos. Cuando esto ocurre, siguiendo a Zygmunt Bauman (2001) -quien sigue a Lévi Strauss-, implica la adopción de tres posibles estrategias: la primera es la asimilación, o sea, el aniquilamiento del otro como otredad; la segunda es la expulsión o acto de vomitar a las otredades rebeldes y, por lo tanto, incomunicarlas y excluirlas; y por último, simplemente su eliminación. No está demás decir que se pudieron observar en el 18-O «estrategias de aniquilamiento» por parte de las fuerzas policiales, al usar indiscriminadamente una potencia de fuego para el control de manifestaciones que dejó varios centenares de heridos, destacándose las pérdidas de globos oculares (traumas oculares), cuestión nunca antes vista. Por otro lado, la acción de expulsión, de vomitar e incomunicar a las otredades rebeldes, trajo aparejada la detención de un número indeterminado de los «llamados violentistas», que extrañamente son jóvenes, los cuales, pasaron a prisión preventiva. Acusados de delitos violentos, después de meses e incluso años, muchos de ellos han sido declarados inocentes por parte de la justicia, sin continuar las acusaciones.

El artefacto/libro

Los relatos y artículos que se presentan en este artefacto/libro fueron escritos en algunos casos al calor de los acontecimientos o son parte de reflexiones realizadas por sus autores/as meses después del inicio del estallido.

El primer cuerpo es una aproximación directa al accionar de sujetos/as en el 18-O. Comienza con dos testimonios solicitados a dos jóvenes, Jorge y Claudia, nombres ficticios, quienes nos relatan en primera persona su participación en lo que se denominó «la primera línea». Sus vivencias están relatadas en contextos de ciudad; uno de ellos en la ciudad de La Serena y el otro de Santiago. Este apartado tiene por título: «Testimonios *desde la Primera Línea*». Posteriormente viene el texto escrito por Javiera Sierralta: «*De la Esperanza: Tejiendo resistencias. Brigada Cascos Rojos*», quien relata el accionar de uno de los equipos de salud que estuvo en Plaza Dignidad y alrededores realizando atención en salud a los manifestantes heridos por la acción policial. Se suma a este cuerpo el texto escrito por Raúl Zarzuri y Karla Henríquez titulado: «*Primera Línea: Accionar desde el cuerpo, encuentros, persistencias y contraviolencias en el espacio público*», que a partir de una serie de entrevistas y de revisión periodística intenta comprender el fenómeno de la primera línea y reflexionar sobre el uso de la violencia, entendiendo la violencia ejercida por los «primera línea» y otros, como *contraviolencia o violencia reactiva* a la violencia policial.

El segundo cuerpo del libro intenta dar cuenta del papel que han jugado otros/as actores. Parte con el texto escrito por la activista Iris Hernández: «*Insurreccionar el orden. Violencias a disidencias sexuales durante el 18-O*», quien aborda un tipo de violencia invisibilizada como es la ejercida en contra de las disidencias sexuales, un asunto que no es solo del 18-O, sino que ha ocurrido a lo largo del proceso de recuperación de la democracia, que va desde la

dictadura militar hasta ahora. La autora pone un punto de atención sobre lo restrictivo del proyecto transformador ciudadano, donde en muchas ocasiones las disidencias no son consideradas y se ejerce violencias sobre ellos/as. Más adelante se presenta el texto «*El violador eres tú*». *Violencia político-sexual en la Revuelta*» escrito por Ximena Goecke, quien aborda la recurrente agresión sexual de las fuerzas policiales sobre las mujeres movilizadas, agresiones que no son absolutamente nuevas, pero que alcanzaron una notoriedad nunca antes vista. Cierra este cuerpo el texto de Rodrigo Ganter y Gabriela Varela titulado: «*Violencias/Desobediencias: un antes-durante el estallido social chileno 18-O*», quienes abordan el 18-O desde la ciudad de Concepción. Parten realizando un ejercicio de comprensión del estallido y de la violencia para avanzar a testimonios de la violencia policial y a un mapeo de los activistas y el uso de la violencia, para cerrar con algunas reflexiones en torno a cómo desactivar la violencia.

El tercer cuerpo del libro se abre a la reflexión teórica Sobre las violencias. Parte con el texto: «*La violencia del orden. sobre la represión estatal y el «estallido social» en Chile*» de Julio Cortés, quien nos recuerda que «*la historia de la dominación estatal es la historia de la represión, expresada en terribles masacres*». Continúa con el texto escrito por Giorgio Boccardo titulado: «*La violencia en el neoliberalismo: reflexiones a partir de la revuelta social de octubre*», donde el autor intenta problematizar sobre las diversas formas de violencia que se desenvuelven en el neoliberalismo, para avanzar en la reflexión sobre los elementos que pueden fortalecer las luchas populares en lo que el autor llama «*el ciclo político que inaugura la revuelta social de octubre*». Por otra parte, Ana Bengoa, en el artículo «*Sobre violencia de Estado y cautiverio*», analiza la relación del Estado con la violencia, realizando un paneo teórico que va de Weber a Benjamín, pasando por Trotsky,

para avanzar en el análisis de las políticas represivas en la lucha contra la delincuencia en aras de una «política de seguridad ciudadana». Cierra el artículo con una idea interesante: *«El problema aquí no es que «el estado no funcione», sino que expone de manera desatada, con tinta de sangre, aquel elemento con el que todo Estado se funda»*. Este cuerpo se cierra con el artículo: *«Conflictividad, política y violencias en la revuelta chilena. Una crítica a las interpretaciones desde las teorías de la anomia»* de Isidora Iñigo Valderrama. La autora señala que desde el 18-O se ha instalado una controversia en torno a la caracterización, interpretación y evaluación de la revuelta, cuestión que no solo se da a nivel cotidiano, sino que también académico. El punto es que cuando se aborda la violencia hay no solo posturas distintas sino irreconciliables. Una de ellas, asumida por un conjunto de intelectuales, es la mirada desde la anomia, que la autora discute, donde *«analiza los principales componentes de esta interpretación, destacando especialmente tanto las dificultades que presenta para comprender el lugar de la violencia en las dinámicas contenciosas, como también los efectos o implicancias políticas que esta mirada genera»*.

Cerramos retomando el epígrafe de Jean Genet que abre este prólogo, el cual es interesante, porque para el autor la vida está compenetrada con la violencia. El mismo Genet señala que son casi sinónimos. Si bien el epígrafe citado se da en el marco de la defensa que realiza Genet de la Fracción del Ejército Rojo (RAF) alemán en un artículo publicado el año 1977 en el diario español *El País*, no deja de ser interesante. La violencia no es muerte, sino también es vida, como refiere el autor. También la violencia se opone a la brutalidad, porque esta trae consigo el fin de la libertad.

Así, podríamos señalar que la vida ha emergido en medio de la violencia, y quizás no podría haber sido de otro modo.

Por emergencia de la vida nos referimos al proceso constituyente que se venía gestando desde hace muchas décadas. Si bien es materia de discusión, como todo lo relacionado con la violencia, se podría decir, en las palabras con que cierra su artículo Julio Cortés, que *«la “revuelta de octubre”, como respuesta popular ante décadas de acumulación de violencia estructural e institucional, fue así la “partera” del proceso constituyente. Una violencia espontánea, “pura”, “anárquica”, que al irrumpir destituyó incluso la tradicional relación entre medios y fines, y que luego, a medida que el pueblo fue disputando y apropiándose del escenario de transformación institucional que se logró abrir, se ha ido transformando gradualmente en violencia “fundadora de derecho”»*.

Así, esperamos que una nueva Constitución nos dé una nueva vida, o mejor dicho un marco para una nueva vida. Como siempre ocurre, los procesos de violencia revolucionaria explotan, pero en un momento deben tomar algún cauce institucional que nos debería conducir a nuevas posibilidades de pensar lo social, lo político, la vida misma.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2007). *Miedo Líquido*. Paidós Estado y Sociedad. Barcelona, España.
- Benjamin, Walter (1987). Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV. Taurus Editores.
- Bonilla, Jorge Iván y Camilo Tamayo (2007). «Violencia y medios de comunicación en América Latina: Una cartografía para el análisis». *Signo y Pensamiento* XXVI, N° 50. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
- Bourgois, Philippe (2005). «Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador». En

- Fernández, Francisco y Carlos Feixa. *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos.
- Galtung, J. (1998). *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*. Gernika Gogoratuz, País Vasco.
- Guattari, F. (1989) *Cartografías del Deseo*. Francisco Zegers Editor. Santiago de Chile.
- Juris, Jeffrey S. (2006). «Violencia representada e imaginada. Jóvenes activistas, el Black Block y los medios de comunicación en Génova». En: Ferrándiz, Francisco y Carles Feixa. *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Antropos.
- Lévi-Strauss, Claude (1991). «Introducción a la obra de Marcel Mauss». En: Marcel Mauss *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos.
- Sorel, G. (1973) *Reflexiones sobre la violencia*. Trad. de Luis Alberto Ruiz. Buenos Aires: La Pléyade.
- Zarzuri, R. & Contreras, T. (2005). *Jóvenes y violencia. Los usos de la violencia y la construcción de la participación juvenil*. Santiago Chile: Editorial Ministerio Secretaría General de la Presidencia/LOM.

Miedos de primera línea

JORGE, 38 AÑOS, ABOGADO, IQUIQUE

El primer escudo

Decía Peregrin Tuk en una escena de *El Regreso del rey*: «No quiero estar en una batalla, pero aguardar en el borde de una de la que no puedo escapar, es aún peor». Esta es una guerra dura y cruda, porque aguardamos mucho al borde de batallas más chicas, sin decidirnos a dejar la cagá, desatar nuestra furia y decirles a los «dueños de Chile»: no serán dueños de nada más. Por miedo, por respeto a la «democracia», por amor al consumo, porque creímos que estábamos solos. No quisimos ver que la que «no es la forma» es la única forma.

Llevo años marchando pacíficamente, haciendo velatones, eventos culturales, festivales de poesía revolucionaria, muestras de cine; siempre propositivos, raras veces violentos. He marchado por más Crédito Solidario el 2001, por el Pase Escolar el 2003, por y con los pingüinos el 2006, como universitario el 2011 y 2012; por el agua, por el fin a las termoeléctricas, a las AFP, por los enfermos, por los «indignados», porque nos cerraron el colegio... He marchado, por la vereda y por la calle; trotando, caminando y bailando; con permiso y sin permiso; resguardado por carabineros y reprimido por los pacos; con ropa y sin ropa; cantando y mudo... Y nunca pasó nada. Nunca cambió nada de verdad, nada estructural. Sí el Pase Escolar pasó a ser del Estado. Sí la LOCE se transformó en LEGE; pero a nivel país, a nivel fondo del modelo feudal en el que vivimos, donde siete familias se reparten la tierra, el mar y el cielo...